

Sufrimiento y acción en “Hablar siempre, pensar nunca” de Th. Adorno.

Analía Melamed (CIEFi-FaHCE-UNLP)

“Hablar siempre, pensar nunca”, texto breve de *Minima Moralia* escrito en 1944, es una reflexión de Adorno sobre la imposibilidad del sufrimiento en la modernidad tardía. Como es sabido el tema del sufrimiento es una piedra de toque en la obra de Adorno, sobre todo, en cuanto a la consideración de las experiencias traumáticas de la historia y el modo como luego, en diversos presentes, se ha podido dar cuenta de ellas. Pero en este escrito se trata la cuestión desde el fenómeno de la administración del sufrimiento en las sociedades avanzadas. El tema permite enfocar las transformaciones de la subjetividad en relación a las instancias sociales, culturales, lingüísticas como condiciones necesarias para la constitución de las experiencias.

En primer término encontramos que el texto proporciona una suerte de conjetura sobre la necesidad de administrar el malestar en las sociedades contemporáneas, sobre la base de que el sufrimiento -en tanto da cuenta de una singularidad irreductible- constituye una especie de anomalía. En efecto, el sufrimiento, índice de algo irresuelto en lo más íntimo y privado de la subjetividad, cuestiona los patrones de normalidad y homogeneidad de las sociedades avanzadas. Esta singularidad, esta presencia de lo irresuelto en el dolor, tiene una potencialidad conflictiva, una energía que debe ser organizada socialmente. Y la absorción del sufrimiento, según Adorno, sucede a partir de los propios mecanismos de identificación de los individuos con la instancia social que organiza los patrones de normalidad. De modo que, sostiene, los dolorosos secretos de la historia individual terminan asimilándose a estereotipos.

Este proceso de identificación se advierte en el funcionamiento de la industria cultural en relación con una psicología simplificada para su divulgación. A través de los productos de la industria cultural, que proponen fórmulas, estereotipos y simplificaciones, una psicología de consumo proporciona el esclarecimiento prefabricado a los conflictos. “En lugar de tomar sobre sí la labor de autognosis, los adoctrinados adquieren la capacidad de subsumir todos los conflictos bajo conceptos como complejo de inferioridad, dependencia materna, extroversión e introversión, que en el fondo son poco menos que inútiles. El horror al abismo del yo es eliminado mediante la conciencia de que no se trata más que de una artritis...” (Adorno, 1999, p. 63). Más aún, agrega Adorno, el individuo encuentra cierto placer masoquista en ser un caso más de un mal reconocido colectivamente. “...Aparece la procuración del placer

de ser hasta en la propia debilidad un exponente de la mayoría y así conseguir no tanto, como antaño los internados en los sanatorios, el prestigio del interesante caso patológico como, justamente en virtud de los defectos que se padecen, acreditar la pertenencia a esa mayoría y concentrar en sí el poder y la magnitud de lo colectivo” (Adorno, 1999, loc. cit.).

Esta subordinación de lo particular a la norma como mecanismo de absorción del malestar, implica también una debilitación del yo que no puede concebirse sino como un caso de una “constelación públicamente reconocida” (loc. cit). De modo que el sufrimiento propio, sin duda lo más próximo, lo más irreductible, lo más íntimo, se convierte, en este marco de la modernidad avanzada y para el propio sufriente, en una suerte de abstracción.

En el texto se sugiere un contraste con otros modos de experimentar el sufrimiento cuando advierte que antaño los internados en los sanatorios tenían el prestigio del interesante caso patológico. Sin pretender hacer una historia del sufrimiento, si nos remontamos al siglo XIX, a Baudelaire o a Nietzsche, o en general al romanticismo, el sufrimiento, la enfermedad, la locura tenían densidad dramática, efecto poético, hasta potencia metafísica. El romanticismo, como movimiento cultural y artístico del siglo XIX, desarrolla particularidades y matices de la subjetividad como respuesta al carácter prosaico de la vida burguesa en el capitalismo. Así exalta una individualidad atormentada, la naturaleza como paraíso perdido, el amor y sus padecimientos, y propone en general un enorme repertorio de posibilidades emocionales. En el marco de esa sociedad burguesa del siglo XIX a la que Marx descubre como estructurada por el fetichismo de la mercancía, el arte romántico se propone a la vez como compensación, como crítica y fundamentalmente como enmascaramiento de una creciente racionalización técnica y productiva.

Marx detecta que el intercambio mercantil provoca una progresiva homogeneización entre los modos de producción, los productos y los productores. De sus análisis sobre la alienación se desprende que una sociedad regida por la estructura de la mercancía, que subordina todas las dimensiones de lo humano a su valor de cambio, necesariamente debe suprimir las singularidades individuales. También se sigue que la mecanización del trabajo, si logra el dominio de la naturaleza, lo hace a través de la represión de la propia naturaleza del trabajador, de lo somático, de las pulsiones, de lo sensorial, del placer. Todo lo cual anticipa la idea de que el capitalismo no sólo produce mercancías sino y principalmente produce subjetividades homogeneizadas.

En esta línea para Adorno y Horkheimer, en *Dialéctica del iluminismo*, la industria cultural del siglo XX significa, entonces, la inclusión de la producción espiritual como una rama de la producción mecánica de mercancías bajo el mismo imperativo del valor de cambio. Y como vimos, Adorno advierte que las fuentes privilegiadas de autocomprensión y autoconstitución de las subjetividades en el capitalismo avanzado resultan de esta combinación entre industria cultural (donde el romanticismo deviene Kitsch) y psicología, que anestesia el dolor y enseñar a lidiar con esa naturaleza – propia- sacrificada.

En el excursu “Odiseo o mito e iluminismo” también de la *Dialéctica del iluminismo*, Adorno y Horkheimer encarnan en Odiseo a la humanidad moderna que con la razón y la astucia domina a la naturaleza y a las fuerzas míticas. Odiseo se hace atar para que aún exorcizado por el canto de las sirenas, no pueda ceder ante ellas. “Con toda la violencia de su deseo, que refleja la de las criaturas semidivinas, no puede reunirse con ellas, porque los compañeros que reman, con los oídos taponados, no están sordos sólo para las Sirenas sino también para el grito desesperado de su capitán” (Adorno, Horkheimer, 1988, p. 78). Como Odiseo, para liberarse de la naturaleza, la humanidad desarrolla las herramientas para su propio sometimiento. Y agregan más adelante: “A partir del encuentro felizmente fallido entre Odiseo y las Sirenas todos los cantos han quedado heridos, y toda la música occidental sufre del absurdo del canto en la civilización, absurdo que sin embargo es al mismo tiempo la inspiración de toda música de arte”(Adorno, Horkheimer, 1988, p.79).

Entones, en el proceso de homogeneización social, el sufrimiento, como el propio arte, a menudo asociados en la tradición romántica, son elementos disruptivos objetos de un esfuerzo similar de normalización y adaptación.

En el fenómeno de administración del sufrimiento que Adorno describe en *Mínima Moralia* se encuentra también, sin dudas, una crítica al psicoanálisis. Objeta sus rasgos represivos en el menosprecio burgués de Freud a los instintos y cuestiona también su pretensión de devolver a los individuos la capacidad de goce: “como si una felicidad producto de la especulación sobre la felicidad no fuera justo lo contrario a la felicidad” (Adorno, 1999, p.59).

Pero la crítica se dirige especialmente a las formas convencionales y estereotipadas del psicoanálisis que lo convierten en herramienta de adaptación: el último instrumento de autocomprensión burguesa, dice, se constituye en un medio para volver absoluta la autoalienación burguesa.

Es en torno a este motivo del sufrimiento, que Adorno contrapone una vez más la particularidad irreductible al principio de identidad que rige la racionalidad instrumental. El sufrimiento como indicio de la inadecuación, de la negatividad, pone en cuestión la identidad entre razón y realidad social, así como en general los supuestos de la epistemología occidental de la adecuación entre sujeto y objeto o entre el objeto y su concepto.

Esta tensión entre una singularidad insumisa, por una parte, y la norma, por otra, supone también la imposibilidad de dar cuenta lingüísticamente del sufrimiento sin caer en las categorizaciones preestablecidas, en la conceptualización abstracta, en los estereotipos, en la lógica de la identidad.

En efecto, al conocimiento discursivo y racional, dice Adorno, le es ajeno el sufrimiento. En el apartado “El lenguaje del sufrimiento” de la *Teoría estética* sostiene: “[el saber racional] puede definirlo subsumiéndolo, puede buscar medios para calmarlo, pero apenas puede expresarlo mediante su experiencia: eso lo consideraría irracional. El sufrimiento llevado al concepto permanece mudo y no tiene consecuencia: esto se puede observar en Alemania después de Hitler” (Adorno, 2004, p. 49).

Las conceptualizaciones, el lenguaje científico, las estadísticas, cumplen funciones tranquilizadoras y estabilizadoras. Contribuyen a reducir la experiencia a criterios previos de comprensión e identificación. Sin embargo la radical otredad del sufrimiento requiere un acceso diferente. Según Adorno, esto implica salir de la lógica de la identidad e intentar sentir cada uno en sí mismo la experiencia de la marginalidad, el dolor o la violencia que otros han atravesado. El acceso a la otredad del sufrimiento significa trasgredir las formas de comprensión mediante las cuales normalmente se intenta reconstruir este tipo de experiencias traumáticas. Es necesario, entonces, el descentramiento del sujeto, que se abandone esa visión que desde Protágoras ubica al hombre como medida de todas las cosas y finalmente termina convirtiéndolo en cosa entre las cosas.

Ese descentramiento que la comprensión del sufrimiento requiere implica la posibilidad de percibir y experimentar internamente algo que es exterior, sin reducirlo a preconceptos o categorías familiares; requiere llevar la comprensión hacia sus propios límites. Benjamin expresa una idea similar muy bellamente en *Infancia en Berlín*, en el juego infantil de cazar mariposas: cuenta que al enfrenar al viento y los perfumes de las hojas y del sol, que regían el vuelo de la mariposa, “me asimilaba al animal en todo su ser”, “me convertía interiormente en mariposa” (Benjamin, 1980, pp.27, 28). Esta forma

de percepción que remite a la experiencia estética, supone una capacidad de establecer semejanzas y analogías no convencionales, y apunta hacia formas de comunicación y de lenguaje que no obedecen a la estructura lógica ni sintáctica del lenguaje habitual.

Si la administración del sufrimiento, dice Adorno, hace desvanecer “el recuerdo de la vieja herida donde arraiga la esperanza de una vida mejor en el futuro” (Adorno, 1999, p.64), queda para el arte la tarea de decir el sufrimiento sin nombrarlo. Por ejemplo en la poesía de Paul Celan, “su contenido de verdad se convierte en algo negativo. Imitan un lenguaje por debajo del lenguaje desamparado de los seres humanos, por debajo de todo lenguaje orgánico, el de lo muerto de las piedras y las estrellas. Llega así mismo a lo que Benjamin decía sobre Baudelaire: que su poesía no tiene aura. La discreción infinita con que procede el radicalismo de Celan se añade a su fuerza. El lenguaje de lo inanimado se convierte en el Último consuelo sobre la muerte despojada de todo sentido” (Adorno, 2004, p.494).

Finalmente, parece posible mostrar la actualidad de “Hablar siempre, pensar nunca”, si bien ni la industria cultural ni la psicología de divulgación parecen ser hoy las principales herramientas para promover mecanismos de identificación. Sin lugar a dudas, el funcionamiento de las redes sociales y el modo como, según se ha demostrado, influye en los individuos, por ejemplo en los procesos electorales, muestra a las claras los modos sofisticados con que ahora se puede administrar el sufrimiento y el malestar. Incluso, desde una perspectiva muy pesimista, podríamos sospechar una tendencia a reducir el espectro de emociones humanas posibles a la variedad de emoticones del celular. Sin embargo el sufrimiento sigue siendo un nudo irreductible de la subjetividad, una fuente de negatividad que todavía da lugar a la poesía y, en la que hoy, a pesar de todo, debemos depositar nuestra esperanza.

Bibliografía:

Adorno, Th. Horkheimer, M. (1988). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Adorno, Th. (1999). *Minima moralia*. Madrid: Taurus.

Adorno, Th. (2004). *Teoría estética*. Madrid: Akal.

Benjamin, W. (1982). *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara.